



Alicia Aguilera. *Carlos en el jardín* (2001).
Fotografía sobre papel. 60 x 42 cm.
Colección particular. Madrid.

Somos aguas de marzo

SIGFRIDO MARTÍN BEGUÉ



La amistad con Carlos Berlanga comienza a finales del '79 en un Madrid en plena efervescencia. Aunque ya conocía a su hermano Jorge por nuestro común amigo Ricardo Llorca y a pesar de coincidir en todo tipo de eventos, inauguraciones y conciertos, su timidez no le hacía fácil ir más allá del saludo y el corto comentario.

Una tarde, gracias a su amiga –enfermera– Ivonne, quedé con él en el Pub de Sta. Bárbara, pues conociendo su faceta plástica quería que participase en una exposición colectiva –toda una moda de esos años– que concitaba el mundo de los arquitectos Modernos, los pintores Esquizos y la Nueva Ola musical.

Como continuamente nos encontrábamos en la Filmoteca apareció al inicio de la conversación la cine-filia y para mutua sorpresa nos confesamos zoó-filos de las criaturas de Ray Harryhausen. Para ambos **The 7th Voyage of Simbad** era una de nuestras películas favoritas de todos los tiempos. Como de un cesto de cerezas, en que unas sacan a las otras, fueron saliendo nuestras raras y bizarras para-filias una por una compartidas. Del cine fantástico fácilmente pasamos a nuestros misterios y enigmas preferidos como “Las Caras de Bélmez”, “El Ovni de San José de Valderas”, el planeta Umho y sus dossiers facilitados por su infiltrado portavoz Saliano, “El Crimen de la Tinaja” o el extraño y aún inexplicado caso del “Robo del Abrigo de Mara Lasso”.

Era evidente que siendo de la misma edad habíamos seguido las mismas crónicas del diario **Pueblo** pero también habíamos visto años atrás en la segunda cadena de **TVE** algo que (también a N.Canut) nos impresionó sobremedida, era un documental de la **BBC** sobre el llamado **Misterio de Rennes-le-Château**: A finales del XIX, la repentina fortuna del cura del pueblo inicia de prosaica manera una “historia secreta” que une a María Magdalena, El Grial, los Merovingios, los Templarios, el pintor N. Poussin, Newton, El Priorato de Sión y su Gran Maestre J. Cocteau. Un fascinante (digno de G. Franju) “feuilleton” fruto de las investigaciones de M. Baigent, R Leigh y H. Lincoln (guionista de **Los Vengadores** y el **Dr Who**) y al que aun siguen añadiendo entregas en



Sigfrido Martín Begué y Enrique Monereo con Carlos Berlanga en 1992. (Fotografía: Vicente Carretón)

forma de libros, documentales o demandas por plagio como **El Péndulo de Foucault** o **El Código Da Vinci**. Lo que empezó con una tarde de cafés acabó dado lo largo, denso y surrealista de la charla en una noche de Martinis en Chicote. Ése fue el comienzo de una gran amistad.

Como ya se deben temer, este texto –con más citas y nombres que una tesis universitaria sobre Estética– es un intento de esbozar una “Berlangapedia” compartida y evocar su aroma característico a humor. Lo que espero es que no acabe pareciéndose al guión de **Gone With The Wind**, que Ben Hecht calificó de “*tan largo y tan sin sentido como el sueño de una puta*”.

Esto último me da pie para hablar de la Casa de Campo, el espacio que une y separa Madrid y Somosaguas. El Mundo y su Casa. Toda su vida atravesándolo y atravesado en su vida. Un lugar para situar el parque temático de Carlos.

Con un breve prólogo en Casa Costus y hasta el ‘83, como una moderna versión de **Las Afinidades Electivas**, Carlos Berlanga, Bernardo Bonezzi, Pedro Almodóvar, Fabio McNamara y yo formamos un compacto grupo que tenía su “Estación de Perpignán” en la planta 16 de la Torre de Madrid, la casa de Bernardo. Allí nos encontrábamos por las tardes para después en mi coche, “*los cinco del Renault 5 azul cobalto*” como decía Fabio, afrontar la intensa vida nocturna.

A la hora del retorno, para que lo llevásemos a su casa –en aquellos años vivía en Somosaguas– Carlos siempre ponía en práctica un chantaje emocional con un repertorio que iba desde hacerse **La Pequeña Cerillera**, poner ojos a lo Lilian Gish o lamentarse que no le respondían ni en tele-taxi ni en “tele-parihuela”. Era tan sobreactuado como innecesario ya que esos viajes nos resultaban de lo más divertido.

Los cinco éramos de la opinión de que la vida necesita una banda sonora y en aquellos “portes” era el momento más oportuno de ponerlo en práctica. Siempre llevaba en mi coche un amplio catálogo musical que convertía ese largo y monótono trayecto en algo distinto según la elección. Aunque la música de **La Strada** o **Le Notte di Cabiria** de N. Rota fuera la más adecuada para la obligada travesía de La Casa de Campo, a veces nos gustaba darle un tono terrorífico con la música para **Alien** de J. Goldsmith o **Psicosis** de B. Herrmann, lo que aprovechaba Carlos para hacer de Norman Bates. Otras nos acompañaba Mina en honor al también cremonés Bernardo, otras Pedro nos deleitaba con una interpretación de los grandes éxitos de Estrellita como “*Yo tengo un relojito de pulsera...*” o “*¡Me gusta Madrid!*”. Otras H. Mancini servía de fondo para que Fabio hiciese alguno de sus famosos “Llamamientos de la Srta. MacNamara que trabaja en Comylsa”. Incluso allí se empezó a gestar el disco del grupo Almodovar&MacNamara, que primero se llamó The Black Kiss Dolls.

En cualquier caso, la llegada a la “Mansión” de Somosaguas tenía su mejor acompañamiento con **Rebecca** de F. Waxman. El “Manderley” de los Berlanga era obra del arquitecto F. Chueca Goitia en estilo regionalista o como diría el autor “*fruto de un sincretismo de invariantes archi-*

tectónicos que van de Madrid a Valencia pasando por la Posada de San José de Cuenca y el pantano de Alarcón". Estos tres últimos, enclaves hosteleros de la familia Berlanga.

Situada a la entrada de la urbanización en la calle Avutarda (el ave mas "petarda" según Fabio), la parcela estaba adosada al deposito de aguas, una mole cilíndrica en el mas puro estilo De Chirico, y albergaba como "*pièce de résistance*" una descomunal torre de alta tensión que portaba la electricidad a todo Somosaguas y mas allá. Un metálico alarde digno del constructivismo ruso. Un día le comenté a Carlos: "*Todo esto es como si Aelita cantase **La del Soto del Parral** en un film de Antonioni*".

Carlos tenía su universo de gustos, de obsesiones, de citasiones. Todo un parque temático que nutría y se transformaba en su obra en algo propio y original. También veía y vivía el mundo a través de sus referentes que no eran sólo filmicos. Por ejemplo con respecto a su grupo de Los Pegamoides, a menudo se quejaba de que uno de sus componentes era **Eva al Desnudo** o bien que le estaban haciendo **Luz de Gas**. Cuando hacía "bolos" musicales se sentía como en **El Extraño Viaje** de F. Fernán Gómez y le daba un "come-come y un regomello". Finalmente lo dejó en un gesto de orgullo e inmolación a lo Lola Gaos en **Esa Pareja Feliz...** "*¡Muera conmigo el Honor de Palencia!*"

Formó un nuevo grupo con el que quería dedicarse a la música-disco en la línea de Chic o el "*Hi-Energy*". Yo le sugerí en homenaje a Harryhausen como mejor nombre Dinarama; marca filmica junto "Dynamation" con las que se publicitaba su técnica de "*stop-motion*". Finalmente dejó de matricularse, año tras año, en Derecho. Pero el tener que hacer el Servicio Militar en Tenerife, lo torció. A pesar de que en una carta que reencontré escribiendo este texto me decía: "*No creas que es tan terrible la mili.....haces cosas tremendamente divertidas, la instrucción es algo parecido al ballet de Gisa Geert con algo también de Busby Berkeley*".

Al volver se trasladó a una casa en la calle del Nuncio. Según él era como vivir en **La Torre de los 7 Jorobados** de E. Neville, posteriormente cuando se fue a otra en la calle Lope de Vega se sentía inmerso en **El Monje** de M. Lewis. Siempre se identificó con una –si no las dos– de las protagonistas de **Rich and Famous** de G. Cukor. En la vida social le fascinaba que las chicas fueran lo más "Chanel" posible y los chicos "cuasi" sacados de un cómic belga, sobre todo de **Spirou**. Gustaba de comentar lo cotidiano con ripios y pareados, a lo Ramos de Castro, así como calificar de "lombrosiana" a la gente que no le gustaba. Las fiestas debían de ser dignas de Blake Edwards o Fellini, aunque terminasen como **El Ángel Exterminador** de L. Buñuel y a menudo muchas de las inauguraciones de nuevos locales fuesen como la del restaurante de **Playtime** de J. Tati. Cuando le daba por bailar era un "enfaticalista" de cava parisina creando sus propias coreografías egipcias, como en **Funny Face** de S. Donen.

Sus particulares obsesiones plásticas comenzaban con V. Palmaroli , pues al igual que el Marqués de Leguineche tenía algún antepasado retra-



Sigfrido Martín Begué, Alaska, Ignacio Cubillas y Carlos Berlanga en Arco'83



Carlos Berlanga
Jean Cocteau (1986)
23 cm. diámetro
Colección Sigfrido Martín Begué. Madrid.

tado por él. Continuaban con G. Segantini pasando por Muñoz-Degrain, A. Camarasa, el ilustrador S. Bartolozzi, el cartelista R. Gruau o el inclasificable Clovis Trouille. Tenía predilección por los '50 y '60, pintores como J. Pollock, H. Arp, Stuart Davis, J. Dine, D. Hockney, los títulos de S. Bass y los dibujos de S. Steimberg. Aunque le gustaba Hergé le era más cercano el estilo de línea expresiva de Franquin. Como buen ejemplo de nuestra generación amaba el diseño de estilo “neomoderno” y su mejor muestrario, **Las Hermanas Gilda** by Vazquez.

Aun siendo muy picassiano siempre repetía la “boutade” de E. Giménez Caballero: “¡El Guernica lo pintó Mingote!” Literalmente el cuadro le horrorizaba, al igual que los grises (no sólo en pintura). Quizás fuese debido a padecer en grado leve daltonismo, pero fuera quizás esta condición lo que le llevó a ser un gran colorista.

Por encima de todos, admiraba a tres artistas en todas sus manifestaciones: S. Dalí no sólo era un gran pintor, sino que por el mismo precio (como él decía) era más importante como personaje influyente en la cultura de masas y aún mejor como escritor. Lo mismo podría decirse de J. Cocteau, escritor, pintor y cineasta. “*And...last but not least*” A. Warhol, sería una “*canned and condensed soup*” de las diversas facetas de los otros dos.

Éste último, por cierto, cuando estuvo en Madrid y en una de las múltiples fiestas en su honor, nos dejó a los “5” completamente epatados. A la pregunta de nuestra querida Blanca Sánchez sobre “su opinión del cine español” contestó que la única película que recordaba y le encantaba era **Casa Flora** de R. Fernández, el apoteosis filmico de Lola Flores.

En una de las primeras ferias de Arco se le ocurrió la idea de otra de arte alternativo que reuniese todo lo más kitsch del mundo pictórico, los más afamados artistas plásticos de la prensa del corazón y todas las diletantes damas pintoras de la alta sociedad. Eso le llevó a crear personajes como **Nylon de Kooning**, **Olga Zana** y demás *women* de su peculiar Guernantes de la Moraleja. En ese mismo Arco, durante una charla homenaje a Maruja Mallo, tuvo lugar un sublime momento cuando nuestra pintora preferida en un arrebato de surrealismo numantino –tan afín al carácter de Carlos– proclamó que los artistas deberían de dar ejemplo social siendo tan honestos e íntegros como los Samuráis japoneses que, antes de darlo todo por perdido y vivir en el fracaso de sus ideales, preferían suicidarse haciéndose ... ¡*El Dai-Kiri!*

De cierta manera Carlos, así como muchos de nuestra generación, ha seguido el consejo.

Hace unos días disfrutando el concierto de B. Bacharach, de nuevo en La Casa de Campo, Bernardo Bonezzi, Juan Sánchez y yo le echamos mucho de menos. Cómo le hubiese gustado cuando Burt al piano, con sus 81 años y su impecable estilo **Flint**, nos cantó “*The Look of Love*” con la voz de Pepe Isbert. Me acordé del concierto en el Patio del Conde Duque de A. Carlos Jobim en **Los Veranos de La Villa** de 1986.

Yo me encargué de las entradas, Carlos estaba en Jávea y vino ex profeso. Como para ver al Papa. No tuvo el mismo público, poco más de media entrada sorprendentemente. A pesar de nuestra intensa

vida social los únicos asistentes que conocíamos éramos nosotros mismos y también los más jóvenes. Menos mal, pensé, pues me sentí tontamente azorado al ver llegar a Carlos como una postulante con el rostro transido a lo mártir de **Cifesa** y con toda la discografía de Jobim abrazada al pecho. El concierto fue de una inolvidable melancolía optimista y una elegancia a la altura de su música. Él al piano vestido en blanco y con panamá tocaba y cantaba acompañado por la complicidad de un grupo en el que estaba su segunda mujer, Ana Lontra, su hijo Paulo, su hija Elizabeth, y varios músicos amigos. La elección de sus componentes no era por nepotismo sino, como él dijo, por economía gallega.

Al terminar el concierto fuimos a verle, no fue difícil entrar pues éramos los únicos. ¡Al fin Carlos conocía a Antonio Carlos! su más adorado músico. Nos presentamos como fans, él se mostró muy sorprendido por nuestra juventud, Carlos bastante emocionado le contó que tenía un grupo donde componía y que desde niño había sido su ídolo, lo que aprovechó para pasarle todo el lote de discos. Jobim serio y comenzó lo que yo calificué como la firma de una edición de serigrafías. Durante esa larga tarea nos confesó sentirse muy feliz por nuestra visita pues en los últimos años había sido olvidado o ninguneado en el panorama musical anglosajón y por su actitud progresista censurado en su país durante la dictadura militar que se inició en 1964. Acabó emocionado, agradeciéndonos que a jóvenes como nosotros nos interesase su música.

Al salir, a toda velocidad, fuimos a llevar los discos a la calle del Nuncio. Carlos abrió su casa, los dejó y volvió a cerrar. Ni me dejó entrar “¿Dónde vas con tanta prisa?” –le pregunté–. Me contestó lo mismo que El Torero, yéndose de su cama, a la misma pregunta de Ava Gardner... “¡A contarlo!”

Un tiempo después, 1989 quizás, conocimos, en una fiesta en casa de Paloma Chamorro, a David Byrne después de su concierto *Rei Momo*. Su disco *Remain in Light* junto a los Talking Heads nos había marcado los ‘80. Aprovechando que el protagonismo del party era para George Condo, Bernardo, Carlos y yo entablamos con él una charla, primero sobre las músicas étnicas y su colaboración con Brian Eno en *My Life in the Bush of Ghosts* y después sobre *Rei Momo* y la música latina, por la que expresó su mayor entusiasmo; en este momento Carlos también lo expresó por la música de Jobim. D. Byrne sorprendido dijo: “¡Oh no! ¡Que horror; eso es música de ascensores!” Mientras Bernardo le apostillaba que Eno había compuesto *Music for Airports*, Carlos le echó una fulminante mirada de Gorgona y sin más, con un rápido giro de 180 grados con el compás de sus piernas, hizo uno de sus personales mutis.

A volapié le pregunté: “¿Dónde vas?”
“¡A mi casa –me respondió– a defenestrar toda la discografía de este sicofante!”

El tiempo pone las cosas en su sitio, pues en 1996 David Byrne grabó el tema “*Waters of March*” junto a la cantante brasileña Marisa Monte.

La última vez que le vi de nuevo en casa de Paloma y Carolina, fue en marzo del 2002. Una divertidísima velada de los tres en torno a Carlos Berlanga.

Le dije al llegar “*Anoche soñé que volvía a Somosaguas*”...y él se rió.



Carlos con Sigfrido Martín Begué, Pedro Almodóvar, Carlos Gambero y Bernardo Bonezzi. Madrid, 1991